



Desde

8

años



BELTRÁN EN EL BOSQUE

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ
RAFAEL SALMERÓN

ILUSTRACIONES DE RAFAEL SALMERÓN

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Rafael Salmerón

Ilustración de cubierta: Rafael Salmerón

© 2012, Concha López Narváez y Rafael Salmerón

© Espasa Libros, S. L., sociedad unipersonal

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3081-2

ISBN 10: 958-42-3081-6

Primera impresión: agosto de 2013

Segunda impresión: agosto de 2014

Tercera impresión: marzo de 2015

Cuarta impresión: enero de 2016

Quinta impresión: septiembre de 2016

Sexta impresión: junio de 2017

Séptima impresión: marzo de 2018

Octava impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ Y RAFAEL SALMERÓN (biografía)

Son madre e hijo.

Rafael nació en Madrid hace 36 años. Concha nació en Sevilla hace bastante más tiempo.

Concha se dedica a escribir, alegremente, para niños y jóvenes. Rafael disfruta haciendo los dibujos que aparecen en los libros, y, a veces, también los escribe.

En *Beltrán en el bosque* cuentan, los dos juntos, la historia de un pequeño erizo que recorre el mundo. En el bosque vive aventuras emocionantes; pero también aprende que en todas partes hay gente estupenda.

*Para Margot,
a quien tanto queremos*

ÍNDICE

El bosque	11
El desconocido	23
No es lo que parece.....	39
El último lobo.....	53
Gente diferente	65
Árboles distintos y una cosa extraña..	79
Una nueva amiga	93
El fuego	107

1

EL BOSQUE

Beltrán, el erizo, era muy feliz en el prado, pequeño y alegre, en el que nació.

Le gustaba la casa de hojas en la que vivía con su madre y sus dos hermanos.

Le gustaba sentarse a la puerta, contemplar los lejanos montes y alzar la nariz para oler las flores que se habían abierto sobre los arbustos: tomillos, romeros, cantuesos...

Le gustaba oír cantar a los pájaros y verlos volar.

Además, Beltrán tenía en el prado un millón de amigos.

A pesar de todo, decidió marcharse: ¡quería ver el mundo! Desde que nació era muy curioso, y también inquieto por naturaleza.

Un día de verano Beltrán se puso en camino.

Abrazó a su madre y a sus dos hermanos y salió de casa. Después atravesó el prado.

—Adiós, buen viaje; no te olvidaremos; que te cuides mucho —decían a su paso conejos, ratones, topos, mariposas, mariquitas, lagartijas, pájaros...

«Adiós», le decían todos con mucho cariño. Adiós desde el aire y desde los árboles; adiós en la hierba y sobre las flores.

«Adiós», repetía Beltrán entre alegre y triste. Alegre porque viajar es emocionante; triste porque, al despedirse, se siente en el alma un nudo de pena.



Primero tenía pensado dirigirse al bosque, que era un lugar oscuro y muy misterioso.

Según le habían dicho, en el bosque vivían gentes extrañísimas: brujas, duendes, gnomos... Y además estaban ¡las sombras! En el bosque iban a esconderse las sombras de los que habían muerto. Cuando alguien se muere, siempre hay una sombra que queda sin dueño y vaga perdida.

Su madre decía que el bosque estaba plagado de grandes peligros; pero la señora Erizo era muy miedosa, y se le olvidaba que Beltrán ya había crecido; además quería ver el mundo. Correr aventuras y vivir su vida... ¡Qué emoción sentía!

Pero el bosque estaba más lejos de lo que pensaba. Tuvo que andar mucho.

De tanto marchar le dolían las patas, le dolían las púas, le dolían hasta las pestañas.

Para darse ánimos se decía a sí mismo: «Beltrán, no te rindas, sigue caminando; merece la pena, el bosque te espera lleno de aventuras y extraños misterios...».

Siguió caminando y por fin llegó, porque en este mundo llega casi todo cuando uno se empeña.

Cuando se detuvo, su boca se abrió en forma de «ioooooh!». Sus pequeños ojos parpadearon una y otra vez. Sin embargo, no era de emoción.

Beltrán estaba asombrado: ¿aquello era el bosque?... No podía creerlo: los árboles crecían muy juntos; pero no eran altos, ni tampoco extraños... Pero si eran fresnos... Pero si eran robles... Igual que en el prado...

Sombras sí había muchas; sin embargo, ni eran de muertos ni estaban perdidas. Todas tenían dueño, eran de los árboles; sombras como



las de siempre, nada misteriosas... ¡Bah!... ¡Qué desilusión!

De todas maneras Beltrán se dijo a sí mismo: «Quizá, si sigues marchando, hallarás misterios, y brujas, y gnomos, y duendes, y árboles muy altos, y sombras de muertos...».

Beltrán marchó bosque adentro, y siguió encontrando fresnos, robles y sombras corrientes.

Sin embargo en el bosque había algo más, algo impresionante, que sí daba miedo. Algo que, aunque era muy grande, no podía verse ni tampoco oírse; pero se sentía, y en cuanto Beltrán decía su nombre, ¡desaparecía! ¡Qué cosa tan rara! ¿Qué podría ser?

Pues era... ¿Qué era?... ¡Silencio!

Silencio, silencio, eso era lo que había en el bosque. Y con el silencio siempre ocurre igual: en cuanto lo nombras, te quedas sin él.

Si alguien no lo cree, puede hacer la prueba.

También en el bosque había soledad, y Beltrán no quería estar solo.

«¡Vaya aburrimiento, si lo sé, no vengo!», se decía a sí mismo.

¡Ay!, cómo echaba en falta el bullicio alegre que había en su prado tan lleno de gente.

¡Ay!, y cuánto añoraba a ratones, topos, conejos, mariposas, saltamontes, mariquitas, pájaros cantores...

¡Odiaba el silencio! No aguantaba más. Quería oír voces; por favor, que alguien le hablara.

No oyó una voz, ni nadie le habló, por eso se dijo a sí mismo:

—Regresaré al prado. Seré como todos y me haré una casa detrás de un zarzal. ¡Se acabó! No viajo más. Viajar no sirve de nada, destrozas tus patas y luego no encuentras misterios ni seres

extraños. Por lo que parece, las cosas siempre son iguales, estés donde estés.

Decididamente, tenía que marcharse. Sin embargo estaba agotado, y se fue a sentar debajo de un roble.

Mientras descansaba, miró hacia lo alto: la verdad, aquel árbol parecía más fuerte y más alto que los de su prado, ¡muchísimo más!

También era enorme la sombra que daba. En toda su vida no había visto otra sombra igual.

Y, al soplar el viento, se movían las ramas. Sus sombras eran como brazos con manos largas y afiladas, lo mismo que garras.

Además, el viento parecía decir cosas muy extrañas: «¿Dónde están los muertos?». «Las sombras perdidas buscan a sus dueños y no los encuentran». «Las sombras perdidas llaman a los muertooooos».

Beltrán escuchaba con las púas de punta; sin embargo, muy pronto recobró la calma: ¡bah!, no había que inquietarse, el viento soplaba como en todas partes, ni hablaba ni agitaba brazos delgadísimos ni manos con garras. ¡Bah! Eran cosas suyas, imaginaciones; el cansancio le hacía ver fantasmas.



Además, nunca fue miedoso, por tanto no iba a permitir que algo le asustara: ni sombras, ni vientos, ni ramas, ¡ni nada!

Dormiría un rato y luego volvería a casa, o ¿no volvería?. Hasta ese momento no había visto ni una sola cosa de las que esperaba; sin embargo, si marchaba un poquito más, quizá aún consiguiera descubrir algo interesante. ¿Qué hacía?. ¿Qué no hacía?. Primero dormir. Dormir despeja la mente y aclara las dudas, después ya vería.

Durmió varias horas. Tuvo hermosos sueños: su madre, su casa, y sus dos hermanos. Su amigo el conejo movía las orejas, fruncía el hocico y zapateaba. Siete musarañas marchaban en fila, llevando el compás, y al marchar, cantaban. El topo, de ojillos miopes, se ponía las gafas, y se las quitaba para saludar. Los pájaros daban un concierto a las mariposas, y las mariquitas

contaban lunares en sus rojos trajes... Mientras tanto él iba y venía por el verde prado pisando las hojas caídas: ¡crac, crac!... sonaban sus pasos. Después se echaba a rodar sobre ellas, y, cuando se alzaba, las hojas se habían pinchado en sus púas.

Dentro de sus sueños todo era bonito, y Beltrán, durmiendo, reía.

Cuando despertó, otra vez se sintió muy solo; pero no lo estaba: sin que él lo supiera, ya hacía un buen rato que estaban mirándolo los extraños y curiosos ojos de un desconocido.

2

EL DESCONOCIDO

El desconocido que estaba mirándolo parecía un ratón de campo; pero era más grande, llevaba antifaz de color oscuro y tenía la cola un poco peluda.

Se hallaba sentado en el roble, justamente sobre su cabeza:

—¿Te piensas quedar? —preguntó a Beltrán con la voz inquieta.

—No, soy un viajero, sólo descansaba.

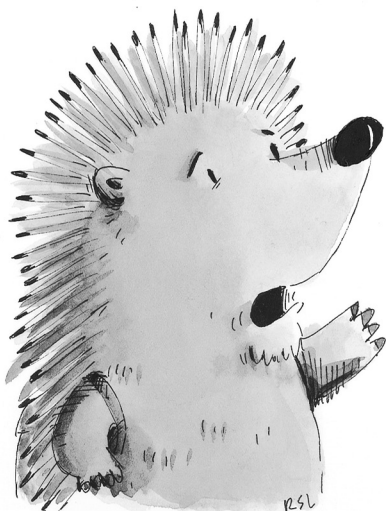
El desconocido suspiró aliviado:

—Vaya, menos mal. Lo decía porque en este árbol no cabe uno más.

Beltrán miró cada rama; pero no vio a nadie.

El desconocido le dio explicaciones:

—En el piso bajo viven la madre tejón y sus cuatro hijos. En los pisos altos el búho orejudo y los rabilargos, y como ya ves, yo vivo en el centro. Y ahora que caigo, no me he presentado, por favor, disculpa; soy Lirón Careto. Algunos me llaman señor Dormilón, aunque eso es





injusto. Es cierto que duermo casi todo el día, pero solamente durante el invierno.

—Lirón, encantado, soy Beltrán Erizo, y tampoco a mí me gusta el invierno. Cuando llega el frío apenas si salgo de casa. Por suerte ahora es verano, y aprieta el calor; por eso aprovecho para viajar y conocer mundo.

—Ya veo que me entiendes, y eres muy amable. Decididamente, me caes muy bien. Por lo